

Vicente Blanco

Los cuerpos inesperados

14.09 - 11.11.2023

"Aquil neno
pincháballe os ollos
ós paxaros;
e gustáballe ver saír
esa gotiña
de aire e de lus,
ise rocío limpo
de mañanciñas frescas
.....
Logo botábaos
a voar
e ríase de velos
topar contra o valado
da súa casa,
con un ruído
moi triste
.....
Crecéu e foi de aquiles."¹

Mi vecino Emilio saca con cuidado de un sobre una carta, la abre y lee:

"Estimado Emilio,
Cuando miro tu tan hermoso libro varias veces, no puedo ver bien las imágenes porque
mis ojos están llenos de lágrimas! Los limpio y te agradezco.
En solidaridad – John".²

Son las palabras de John Berger para Emilio Araúxo, poeta, fotógrafo, etnógrafo y traductor; observador atento de los estertores de la vida autoabastecida del rural gallego; testigo y relator de las últimas voluntades de una realidad hoy distópica. Berger agradece a Araúxo el envío de *O libro das mans* (El libro de las manos) para el que muchos de los protagonistas de ese fin de ciclo que Emilio ha acompañado durante décadas, levantan su mano y saludan: Dicen hola, pero también adiós.

A escasos diez kilómetros del centro de Lugo, donde los quehaceres de la vida rural no permiten sospechar la inmediata existencia de centros comerciales con multicines y hamburgueserías norteamericanas, se encuentra la casa-estudio de Vicente Blanco. La suya es también una labor de atento análisis de un entorno cuyo abandono administrativo ha derivado en un paulatino desmembramiento de las entidades básicas que alguna vez rigieron una vida en armonía con el medio natural.

Sembrar, segar, empacar, mallar, ensilar, echar y recoger las patatas, en algunas zonas recoger la uva y hacer vino y aguardiente; la caza, la matanza y la fiesta patronal, a veces dos: una en verano y otra en invierno. En otoño los *magostos*. En invierno el *antroido*. En primavera los *mallos*. En verano la siega y la ansiada fiesta, el esparcimiento y ponerse a secar. Una amiga comenta que oyó a su padre contar que en su aldea la llegada de la televisión firmó la sentencia de muerte de un carnaval que duraba hasta cuatro semanas. La vida se organizaba entonces en base a las labores y las celebraciones, todas en comunidad.

“Después de la usurpación de los montes a los vecinos por parte de los ayuntamientos, y del consiguiente empobrecimiento de la economía rural, el monte pasó a ser en cada parroquia una cosa ajena a sus moradores, de la que solo venían prejuicios: la aparición de lobos, los incendios que afectan a las casas y las cosechas, a las talas del monte por las que los paisanos no recibían nada, etc. El campesino le cogió miedo al monte.”³

Al igual que con los montes, la vida en el rural ha sido una permanente usurpación, tanto en dictadura como en democracia. Nieto de labradores, he oído desde niño los relatos de un mundo que ya no es el mismo. He visto a primos y vecinos sucumbir ante los cantos de sirena, dejar la vida en la aldea para instalarse a pocos kilómetros en fríos apartamentos y fichar cada mañana en unas fábricas de textil que se hundieron con la crisis de 2008. Si cuento esto es porque se trata de una preocupación que ha aflorado a través de las conversaciones mantenidas en los últimos meses con Vicente Blanco, y porque en cada una de sus últimas pinturas redescubro esa vida que los relatos de mis familiares me traen de nuevo cuando comparto mesa y conversación con ellos.

Vicente Blanco habla de cuerpos que entran en compleja consonancia con una naturaleza a veces enrejada y a veces fabulada.

Arquitecturas circulares que diluyen las jerarquías y establecen una convivencia armoniosa.

Por otro lado, los laberintos, que traen consigo la alusión a un día a día que se convierte en una lucha por intentar entender y despertar la conciencia de un entorno entregado a las políticas neoliberales, que golpe a golpe han ido rompiendo ese vínculo social que era su mayor tesoro.

“La fraga es un ser hecho de muchos seres. (¿No son también seres nuestras células?) Esa vaga emoción, ese afán de volver la cabeza, esa tentación — tantas veces obedecida — de detenernos a escuchar no sabemos qué, cuando cruzamos entre su luz verdosa, nacen de que el alma de la fraga nos ha envuelto y roza nuestra alma, tan suave, tan levemente como el humo puede rozar el aire al subir, y lo que en nosotros hay de primitivo, de ligado a una vida ancestral olvidada, lo que hay de animal encorvado, lo que hay de raíz de árbol, lo que hay de rama y de flor y de fruto, y de araña que acecha y de insecto que escapa del monstruoso enemigo tropezando en la tierra, lo que hay de tierra misma, tan viejo, tan oculto, se remueve y se asoma porque oye un idioma que él habló alguna vez y siente que es la llamada de lo fraterno, de una esencia común a todas las vidas.”⁴

Los cuerpos inesperados renueva el interés de Vicente Blanco por el dibujo y, si hace más de veinte años, apelaba ya a la vibración del formato y a *las relaciones entre el paisaje como medio y el poder que dicho medio encierra*,⁵ resulta curioso descubrir ahora la persistencia, no sólo del mensaje, sino del modo en que este cobra forma, por diversas que sean las técnicas aplicadas.

El trabajo de Vicente Blanco incorpora además muchas de las inquietudes de su labor como teórico y educador en arte, y fruto de ello es una presencia constante de las manos en su trabajo, que se ha ido manifestando desde sus primeras obras, mediante el modo de componer, tanto en sus animaciones digitales como en los collages, o en las pinturas que ahora se presentan.

Blanco apela a la mano no sólo como herramienta ejecutora, que rellena el espacio mediante un gesto mecánico, sino también como extremidad pensante, que compone y soluciona a través de la práctica.

Son esas las mismas manos que recogen estas escenas, que agarran, se preocupan, abrazan y se desenvuelven. Son manos de trabajo, pero también manos de afecto que recorren los cuerpos y sellan el vínculo humano con una naturaleza que se muestra fluida, fértil, por veces afectiva -quizás en su fase onírica- y por veces amenazante -quizás en la vigilia-. Son, intuyo, manos que dicen también hola, al tiempo que dicen adiós.

Ángel Calvo Ulloa

¹ Luis Pimentel, *Xogo ruín, en Sombra do aire na herba, Galaxia, Galicia, 1959. Aquel niño l le pinchaba los ojos l a los pájaros; l y le gustaba ver salir l esa gotita l de aire y de luz, l ese rocío limpio l de mañanitas frescas. l Luego los echaba a volar l y se reía al verlos l chocar contra el muro l de su casa, l con un ruido muy triste. l Creció y fue de aquéllos.*

² Cita inédita, perteneciente al archivo de correspondencias de Emilio Araúxo.

³ Simón Molinero, *Os montes: un conflicto social en aumento, en O monte é noso, Galaxia, Vigo, 1979.*

⁴ Wenceslao Fernández Flórez, *El bosque animado, Austral, Barcelona, 2010.*

⁵ Vicente Blanco, *Alguna vez pasa cuando estás dormidos, MNCARS, Madrid, 2004.*